

ciudad, espacio y vida

¿Ciudades multiculturales o ciudades segregadas?¹

Néstor García Canclini

Volver a pensar la ciudad: algunos afirman que esta tarea urge por el crecimiento y la desintegración de las megalópolis. Otros autores, en cambio, están hablando de un renacimiento de las ciudades, debido a la recuperación económica, la expansión comercial, cultural y turística que se observa en urbes como Barcelona y Berlín, entre otras europeas. También se dice que la complejidad de los procesos multiculturales y de innovación urbana ocurridos en las últimas décadas no puede analizarse con los instrumentos del urbanismo y de la sociología de otros tiempos. Además, el creciente impacto de estudios antropológicos y comunicacionales sobre las ciudades está reformulando los saberes del urbanismo "clásico" y lleva a imaginar nuevas políticas para enfrentar las crisis de desarrollo y gobernabilidad de las grandes concentraciones poblacionales.

La redefinición de las ciudades

Entre las aproximaciones hoy descalificadas para entender qué es una ciudad se halla la que la oponía a lo rural. Este enfoque, que durante la primera mitad del siglo tuvo un fuerte desarrollo, llevó a oponer en forma demasiado tajante el campo como espacio de las relaciones comunitarias, donde predominan los vínculos primarios, a la ciudad, que sería el lugar de las relaciones asociadas de tipo secundario, donde ha-

* Este texto se basa en la conferencia dada por el autor en la Universidad de Buenos Aires, en julio de 1996, para presentar algunos resultados del Programa de Estudios sobre Cultura Urbana, que coordina en la Universidad Autónoma Metropolitana, de México. Se ha mantenido el tono coloquial de la exposición.

bría mayor segmentación de los roles y una multiplicidad de pertenencias. Algunos autores latinoamericanos, por ejemplo Gino Germani, describieron la ciudad como núcleo de la modernidad, precisamente porque era el lugar donde nos podíamos desprender de las relaciones de pertenencia obligadas, primarias, de esos contactos intensos de tipo personal, familiar y barrial propios de pueblos o pequeñas ciudades, y pasar al anonimato de las relaciones asociativas, electivas, donde se segmentan los roles.

Se ha criticado esta oposición brusca de lo rural y lo urbano, entre otras razones, porque esa distinción se queda en aspectos exteriores. Es una diferenciación descriptiva, que no explica las diferencias estructurales ni tampoco las coincidencias que a veces se dan entre lo que ocurre en el campo o en pequeñas poblaciones y lo que ocurre en las ciudades. En América Latina muchas veces observamos ciudades "invadidas" por el campo, campesinos circulando aún en carros con caballos, usos de espacios urbanos que parecen rurales, como si nunca fuera a pasar un coche, es decir, intersecciones, entrelazamientos, que vuelven insuficiente o insatisfactoria esa definición de lo urbano por oposición con lo rural.

Un segundo tipo de enfoque con una larga trayectoria, desde la escuela de Chicago, se basa en criterios geográfico-espaciales. Wirth definía la ciudad como la localización permanente relativamente extensa y densa de individuos socialmente heterogéneos. La crítica que se ha hecho a esta caracterización geográfico-espacial es que no da cuenta de los procesos históricos y sociales que engendraron las estructuras urbanas, la dimensión, la densidad y la multiculturalidad que son hoy constitutivas de muchas ciudades (Castells, 1974; Hannerz)

En tercer lugar ha habido criterios específicamente económicos para definir qué es una ciudad, como resultado del desarrollo industrial y la concentración capitalista. Efectivamente, la ciudad ha propiciado una mayor racionalización de la vida social y ha organizado del modo más eficaz, hasta una cierta época, la reproducción de la fuerza de trabajo a través de la concentración de la producción y del consumo masivo. Manuel Castells, ya en su libro *La cuestión urbana*, que sigue teniendo interés como visión histórica, decía que estos criterios económicos dejaban fuera aspectos ideológicos, que él trató en aquella obra de un modo rudimentario. Luego, se volvió común cuestionar este modo economicista de analizar la ciudad por no tomar en cuenta la experien-

cia cotidiana del habitar y las representaciones que los habitantes nos hacemos de las ciudades.

Otros autores, por ejemplo Antonio Mela, aplicando la teoría de Jürgen Habermas, dice que hay dos características que definirían a la ciudad a partir de la experiencia del habitar. Una es la densidad de interacción y la otra es la aceleración del intercambio de mensajes. El aclara que no son sólo fenómenos cuantitativos, pues ambos influyen, a veces contradictoriamente, sobre la calidad de la vida en la ciudad. Hay aumento de códigos comunicativos que exigen adquirir nuevas competencias, como lo percibe cualquier migrante que llega a la ciudad y se desubica, tiene dificultades para situarse en esta densidad de interacciones y en el acelerado intercambio de mensajes. Cuando se comienza a registrar esta problemática, con las migraciones de mediados de siglo, se coloca el problema de quiénes pueden usar la ciudad.

Al situar lo urbano, para decirlo en términos de Mela, como una tensión entre racionalización y expresividad, se reconoce también a las ciudades como lenguaje, como lugar de formación de imaginarios. Las ciudades no son sólo un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, de aglomerarse, sino también lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización, con las pretensiones de ordenar la vida social. Han sido sobre todo las industrias culturales de la expresividad, como constituyentes del orden y de las experiencias urbanas, las que han puesto en evidencia esta cuestión.

Podríamos decir que, en cierto modo, todas estas teorías -si estamos pidiendo una definición de lo urbano- son teorías fallidas. No nos dan una respuesta satisfactoria, sino múltiples aproximaciones de las cuales no podemos prescindir, que hoy coexisten como partes de lo verosímil, de lo que nos parece que puede proporcionar cierto sentido a la vida urbana. Pero la suma de todas estas definiciones no se puede articular fácilmente, no permite acceder a una definición unitaria, más o menos operacional, para seguir investigando las ciudades. Esta incertidumbre acerca de la definición de lo urbano se vuelve mucho más vertiginosa cuando llegamos a las megaciudades.

Megalópolis: crisis y resurgimiento

Hace sólo medio siglo las megalópolis eran excepciones. En 1950 apenas dos ciudades en el mundo, Nueva York y Londres, superaban los

ocho millones de habitantes. En 1970 ya había once urbes que rebasaban esa población, cinco de ellas en el llamado tercer mundo, tres en América Latina y dos en Asia. Para el año 2015, según proyecciones de las Naciones Unidas, habrá 33 megaciudades, 21 de las cuales se hallarán en Asia. Estas megalópolis impresionan tanto por su desaforado crecimiento como por su compleja multiculturalidad; nos asombra su heterogeneidad, el cruce de migrantes de muchas regiones del país y de gente procedente de otros países. Esto puede ocurrir tanto si estamos en el primero o en el tercer mundo. Dentro de la lista de megaciudades están Los Angeles, México y París, Moscú, Sao Paulo, Tokio y Buenos Aires. En ellas se están transformando las interacciones, los conflictos entre grupos y el punto de vista con el que podemos analizar lo urbano (Jelin). Ya no sirven los estudios ni las predicciones hechas para esas mismas ciudades por los urbanistas de la primera mitad del siglo.

¿Qué pasa hoy en las megalópolis? Según un libro reciente de Paolo Perulli, *Atlas Metropolitano, el cambio social en las grandes ciudades*, no es posible instalarse en la crisis de lo urbano, que fue lugar común hasta los años ochenta. Dice que en realidad estamos viviendo un cierto retorno a las ciudades, o lo que otro autor, también italiano, Aldo Bonomi, denomina "un renacimiento": metrópolis con una fuerte recuperación económica, parcial interrupción del declive de población y grandes proyectos renovadores. Para argumentar esta tendencia transformadora se menciona también el regreso al centro en algunas ciudades. Perulli cita a París y Berlín como ejemplos de revitalización. La primera porque recoge hoy los frutos de grandes políticas constructivas emprendidas en décadas anteriores, Berlín gracias a los procesos de unificación alemana y europea. Además, hay metrópolis regionales que están asumiendo un nuevo papel en esta dirección, especialmente en las áreas del arco meridional europeo, Barcelona, Munich, Lyon, Zurich, Milán, Frankfurt, Stuttgart. Se observa un relanzamiento de estas ciudades, aumenta el empleo, no sólo el terciario, incluso el industrial, que estaba en declinación, se conectan nuevas redes de infraestructura inmateriales, se emprenden o completan grandes obras públicas. Algo semejante se afirma de Nueva York, no sólo porque su centenario en 1998 será una fiesta de exposiciones y autocomplacencias: efectivamente, la ciudad cuya violencia y degradación había llevado a los urbanistas a definirla como "la estación terminal de la civilización occidental" (Koolhaas) vio reducir en los últimos años los asesinatos y robos (¿gracias a las cáma-

ras de videovigilancia?), emprende construcciones nuevas de centros de arte y negocios, es sede de empresas editoriales poderosas, de 100 periódicos, 240 revistas y 160 000 *dominios* de Internet (Cavestany).

Creo que no necesito extenderme mucho para que ustedes se pregunten sobre la posibilidad de que ciudades latinoamericanas puedan vivir esta experiencia. Hay signos incipientes en esta dirección. Es sabido que en México y Sao Paulo ocurrieron en años recientes desarrollos espectaculares en algunas partes de dichas ciudades. O podríamos pensar en metrópolis regionales, ejes interurbanos, como en el Mercosur. Se habla de carreteras nuevas, y de otro tipo de conexiones, incluso electrónicas, entre Sao Paulo y Buenos Aires, entre Santiago-Buenos Aires-Montevideo. Evidentemente, la integración del Mercosur está contribuyendo a esto, pero hay ya otros procesos también globalizados que caminan en esa dirección. Un caso notable es la ciudad de Buenos Aires, la de modernización más temprana en nuestro continente (por ejemplo, con el primer metro subterráneo en 1913), que se estancó junto con el país a partir de los años sesenta, y desde mediados de la década pasada se ha llenado de “postales de la modernización” (Gorelik): redes de autopistas, megacentros comerciales y de esparcimiento —Puerto Madero, el proyecto de Retiro, la remodelación de la antigua central de abasto y el tren de la costa del Río de la Plata, entre otros. La primera elección democrática del gobierno de esta ciudad, como también en la capital mexicana, en el último año han generado expectativas renovadoras en cuanto a una gestión urbana más atenta a las necesidades de la población (Eibenschutz Hartman).

En este contexto debemos repensar qué está ocurriendo con la dimensión cultural de nuestras ciudades. Bajo la exacerbada crisis económica de las sociedades nacionales, que limita las posibilidades de reactivación, vemos un dinamismo que quizá no esperábamos cuando hablábamos de ciudades como México, Buenos Aires y Sao Paulo hace diez o quince años. La crisis no ha desaparecido: en algunos indicadores encontramos agravamiento, por ejemplo la contaminación y la inseguridad, la falta de resolución de problemas urbanos estratégicos y estructurales. Pero también se aprecian otros procesos alentadores, que tienen algunos de sus soportes en movimientos culturales.

La multiculturalidad no es sólo multiétnicidad

Es necesario estudiar una doble transición. Así como muchas transformaciones se deben a la conversión de las ciudades en megaciudades, también hay un pasaje de la cultura urbana a la multiculturalidad. La discusión que había hasta hace quince o veinte años sobre qué es lo específico de la cultura urbana, en obras como las de Henri Lefebvre, ahora debe colocarse de otro modo. En la actualidad, más que entender qué es lo específico de lo urbano, qué lo diferencia de lo rural, se trata de explorar el nuevo rostro de la multiculturalidad, la coexistencia de diversas culturas en un espacio que llamamos todavía urbano. Cuando a principios de los noventa diseñaba un programa de investigación sobre la ciudad de México con un grupo de la Universidad Autónoma Metropolitana, mi primera intención fue preguntarme ¿qué es lo específico de la cultura urbana en la capital mexicana? Tuve que llegar a reconocer que en realidad había por lo menos cuatro ciudades de México.

Las diferentes ciudades contenidas en una megalópolis se hacen presentes, ante todo, al considerar su historia. La complejidad multicultural de grandes urbes es, en gran medida, resultado de lo que las migraciones han hecho con estas ciudades al poner a coexistir a múltiples grupos étnicos. Esa experiencia comenzó con la conquista y se acentuó a fines del siglo pasado, cuando llegaron grandes migraciones europeas. Pero esto ha sido poco trabajado, salvo por algunos historiadores, porque la tendencia era más bien construir una unidad nacional y encontrarnos satisfechos con las maneras en que, sobre todo los grandes flujos migratorios, español e italiano, se iban disolviendo en una estructura que era representativa de la unificación nacional, del "crisol de razas".

Sin embargo, el crecimiento explosivo de las ciudades debido a las migraciones ocurridas de los años cuarenta a los ochenta, ha llevado a situaciones tan paradójicas como la que le oí describir a Xavier Albó en un simposio cuando decía que por el volumen de población, pero no sólo por eso, Buenos Aires era la tercera ciudad boliviana. O cuando se afirma también que Los Angeles es la cuarta ciudad mexicana. Podría decirse, a su vez, que la ciudad de México es una de las mayores ciudades nahuas (49 912 miembros de ese grupo), mixtecas o purépechas, (más de 30 000 de cada una de esas etnias). Las delegaciones con más indígenas son Iztapalapa, Gustavo A. Madero, Cuauhtémoc y Coyoacán (Tacker y Bazúa). Pero cualquier habitante de la ciu-

dad, y aun los turistas, saben que la presencia indígena se manifiesta también en las construcciones precolombinas visibles en muchas zonas del Valle de México, en la organización de barrios y viviendas, en redes de interacción y solidaridad, en las artesanías que se venden y en las fiestas que se celebran. En medio de los discursos de la modernidad, entre los mensajes publicitarios de las calles, en las representaciones radiales y televisivas de la ciudad, circulan relatos venidos de Guerrero, de Oaxaca, de Yucatán y Chiapas.

La multietnicidad es, por tanto, característica del desarrollo cultural de la ciudad de México. Pero aquí la tomaremos como *una* de las formas de su existencia multicultural. La diversidad urbana se presenta en la actualidad como sedimentación de etapas coloniales y de periodos posteriores a la independencia, o sea por las distintas configuraciones establecidas en los proyectos de modernización. Por último, consideraremos cómo se constituye la multiculturalidad a través de la copresencia de formas de cultura locales, nacionales y transnacionales.

En la base de la multiculturalidad actual de la capital mexicana está lo que podemos llamar la ciudad histórico-territorial. Cualquiera puede darse cuenta de su importancia al percibir la cantidad de edificios construidos en la época precolombina y en la Colonia que aún subsisten. La historia de esta ciudad, fundada en 1324 en un pequeño islote, durante el periodo de Moctezuma I, sigue presente en la megalópolis contemporánea: en sitios arqueológicos y en edificios coloniales que se siguen usando. No es indispensable ir al Museo Nacional de Antropología o al Museo del Templo Mayor, los dos más visitados de México, para enterarnos cómo vivían los sesenta mil habitantes que al llegar los españoles ocupaban trece kilómetros cuadrados.

La segunda ciudad, la urbe moderna, es la ciudad industrial. Se diferencia de la histórico-territorial porque no abarca un espacio delimitado en el centro, sino que se expande a través de la ubicación periférica de fábricas y barrios obreros. Podríamos decir que la principal característica de la ciudad industrial es que va desterritorializando lo urbano. Se van desdibujando los nítidos márgenes que fijaban la ciudad y nos daban idea de dónde estábamos, hasta dónde llegaba el lugar al que pertenecíamos. Algunos datos de México (pero podríamos dar semejantes de Sao Paulo y de otras ciudades) son significativos. En 1940 la capital mexicana aportaba al producto nacional el 32 por ciento; en 1980 llega al 48 por ciento. La ciudad de México, que tenía 1 644 912

habitantes en 1940, tiene ahora unos 18 millones y ocupa unos 1500 kilómetros cuadrados.

El crecimiento de estos últimos cincuenta años se aprecia tanto en las cifras demográficas de la producción industrial y de la mancha urbana, como en la conurbación con otras ciudades y zonas rurales. Los 27 municipios de la periferia ahora adheridos a la ciudad de México son precisamente los que registran tasas de crecimiento más elevadas en los últimos veinte años, mientras la densidad de habitantes tiende a disminuir en el centro histórico. Este fenómeno, que se repite en muchas otras ciudades, tiene que ver con la degradación de los centros históricos y por tanto con una recomposición de lo que entendemos como cultura urbana. Cambian los usos del espacio al pasar de ciudades centralizadas a ciudades policéntricas, donde se desarrollan nuevos focos organizativos a través de los *shoppings*, de otros tipos de urbanización, tanto populares como de clases medias y altas, que por distintas razones abandonan el centro histórico.

Así nos resituamos en una ciudad diseminada, de la que cada vez tenemos menos idea dónde empieza y dónde termina. Tanto en los estudios con pobladores del centro histórico como de la periferia de la ciudad de México encontramos una bajísima experiencia del conjunto de la megalópolis. Cada grupo de personas transita, conoce, experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, a estudiar, hacer compras, pasear o divertirse. Aun cuando sean viajes largos ofrecen visiones de fragmentos. De manera que se pierde la experiencia global de lo urbano, se debilita la solidaridad y el sentido de pertenencia. (García Canclini-Castellanos-Mantecón; García Canclini-Nieto Calleja-Nivón Bolán).

La industrialización de bienes materiales y la consiguiente expansión física de la ciudad han sido los principales responsables de este proceso. Pero debe señalarse, además, la otra industrialización: de las comunicaciones, de la cultura. En los estudios del consumo cultural y de los imaginarios urbanos ya citados, encontramos que, además de perderse la experiencia del conjunto, las distancias excesivas de los equipamientos culturales —aglomerados en el centro y el sur de la ciudad— conspiran contra los usos de espacios públicos y estimulan el repliegue en la vida doméstica. Al mismo tiempo, hallamos referencias a actores comunicacionales que hacen intentos por recomponer esa totalidad. La radio y la televisión que nos retienen en la casa a la vez nos

informan qué ocurre en la urbe. El helicóptero que recorre diariamente la megalópolis cuenta cada mañana por televisión cómo está la ciudad, dónde hubo choques, por dónde no hay que circular. Da en cierto modo un simulacro de cómo es la megalópolis y parece recomponer sus partes desconectadas. Es parcialmente eficaz, en tanto nos permite orientarnos en el tránsito y ayuda a desarrollar imaginarios sobre aquello que desconocemos; también sobre los lugares que nunca vamos a querer conocer, porque son emblemas de inseguridad, de peligro, algo de lo cual hay que escapar. Lo que quiero subrayar aquí es que, junto a las clásicas definiciones sociodemográficas y espaciales de la ciudad, necesitamos una definición sociocomunicacional que incluya el papel estructural de los medios, su acción informadora, constituyente de representaciones e imaginarios sobre la vida urbana.

Estos nuevos actores electrónicos a veces parecieran saber más que el intendente de la ciudad, más que los políticos y los movimientos populares urbanos, porque cada uno de estos actores tradicionales suele ocuparse de pequeños fragmentos. Las visiones despedazadas y la dificultad de abarcar íntegramente la vida en la ciudad han favorecido que en las teorías sobre lo urbano, sobre todo en las corrientes posmodernas, se piense que las grandes ciudades son implanificables. Como huyendo de la complejidad estructural de las megalópolis, en los planes urbanos se intenta dinamizar sólo algunas zonas que se consideran estratégicas. Lo vemos en México cuando se reduce la regeneración de la ciudad a focos como Santa Fe, la Alameda y Xochimilco. Los problemas estructurales se consideran inabarcables, o se actúa como si fueran insolubles. Por tanto, se seleccionan partes de la multiculturalidad y la multisocialidad, las más prósperas o con potencialidad de llegar a serlo, y se desatiende a los sectores pobres, los barrios de autoconstrucción, los jóvenes que no logran incorporarse al mercado laboral.

En ciertos lugares, esa tendencia está cambiando. Si la planificación urbana estuvo en descrédito durante los años ochenta, algunos libros y reuniones recientes, por ejemplo el congreso internacional de arquitectos que hubo en Barcelona en junio de 1996, insinúan una vuelta a la pretensión de re-concebir en conjunto la ciudad. En las teorías urbanísticas de fin de siglo se registra, así, una tensión entre la necesidad de encarar globalmente las crisis urbanas y la tendencia a aceptar la desagregación, la disgregación, sobre todo en las grandes ciudades.

Esto nos lleva a pensar en una tercera ciudad. Cuando en los quince o veinte últimos años los economistas y los urbanistas advirtieron que la industrialización ya no era el agente económico más dinámico en el desarrollo de las ciudades, se empezaron a considerar otros impulsos para el desarrollo, básicamente informacionales y financieros. Se volvió necesario, entonces, reconceptualizar las funciones de las grandes urbes. Su núcleo dejó de ser el centro histórico, construido en un territorio delimitado, un espacio que todos percibían como propio de esa ciudad, con edificios monumentales que revelaban cuál había sido el origen. Tampoco la industrialización, que generó la gran expansión de las manchas urbanas y propició la modernización, es ya decisiva, menos aún en sociedades en desindustrialización como gran parte de las latinoamericanas. En la medida en que la modernización presente no se caracteriza tanto por el pasaje de la agricultura a la industria y de ésta a los servicios, sino por la interacción constante entre agricultura, industria y servicios en base a procesos de información que rigen la tecnología de gestión y comercialización, se impone otra concepción de lo urbano. Las grandes ciudades son el nudo en que se realizan estos movimientos de comunicación. Su importancia se asienta, en una economía globalizada, en el hecho de ser escenarios que conectan entre sí a diversas sociedades. Es por esto que Saskia Sassen ha hablado de ciudades globales refiriéndose a Nueva York, Tokio y Londres, Peter Hall las define como "ciudades planetarias" y Manuel Castells como "la ciudad informacional". Este proceso puede observarse aun en ciudades bastante estancadas, como decíamos de Buenos Aires, donde el crecimiento se presenta en la arquitectura ligada a la globalización, promovida por empresas informáticas de grandes transnacionales, edificios corporativos y *shopping centers*.

Ciudades conectadas con el mundo y desconectadas, segregadas, tajantemente estratificadas en su interior. Las nuevas formas de multiculturalidad se establecen, entonces, por el acceso diferencial y segmentado de jóvenes y adultos, mujeres y hombres, diversos niveles educativos y económicos a los bienes y mensajes globalizados. No voy a extenderme en la descripción de estas reorganizaciones actuales de las ofertas y los hábitos culturales, que describí en trabajos anteriores (García Canclini, 1995). Deseo señalar como un ejemplo de la combinación de distintas formas de multiculturalidad el siguiente: el cruce de la fusión y la competencia de lo nacional y lo extranjero con las diferen-

cias entre mujeres y hombres y las edades en los gustos cinematográficos de los espectadores.

En varios estudios sobre los públicos de cine y video en la ciudad de México, encontramos diversos modos de articular lo mexicano y lo estadounidense. Por supuesto, la devoción por el cine de EU y la tendencia a valorar el cine mexicano desde los patrones estéticos “gringos” crece a medida que desciende la edad de los espectadores. Pero esto no ocurre del mismo modo entre hombres y mujeres. Si bien ambos prefieren mayoritariamente los filmes de EU, la atracción más alta de los varones por películas “de acción” (*thriller*, aventuras, espionaje) hace que sus respuestas concedan un porcentaje superior a las cintas estadounidenses; en tanto la preferencia de las mujeres por los temas “sentimentales” y “familiares” las vincula más con el cine mexicano. De todos modos, tanto para los hombres como para las mujeres se observa que la relación con lo estadounidense sirve para jugar simbólicamente con la acción y la violencia social, en tanto el cine mexicano —donde estas cuestiones son menos frecuentes— proporciona los escenarios para elaborar los conflictos afectivos y familiares. Esto se asocia a la vez con una mayor afición de los hombres por las narraciones referidas a lo público y lo urbano, en tanto un porcentaje mayor de mujeres prefieren relatos instalados en lo privado.

Segregaciones y periferias

¿Cómo coexisten estas tres ciudades: la histórico territorial, la ciudad industrial y la ciudad informacional o comunicacional? Esta es la pregunta central de la multiculturalidad urbana en la actualidad. Vivimos la tensión entre tradiciones que todavía no se van (tradiciones barriales, de formas de organización y estilos de comunicación urbana) y una modernidad que no acaba de llegar a los países latinoamericanos, cuya precariedad no impide, sin embargo, que también lo posmoderno ya esté entre nosotros. La coexistencia no regulada de varios modelos de desarrollo urbano en países dependientes genera a la vez comunicaciones ágiles y embotellamientos, acceso más o menos simultáneo a una vasta oferta cultural internacional y la dificultad de gozarla porque el museo o el teatro queda a una hora o dos de nuestra casa y el transporte es deficiente. En ciudades como las de México, Lima, Sao Paulo, Caracas y Bogotá la globalización comunicacional y arquitectónica coexiste

con barrios tradicionales degradados y mercados informales en los que más de la mitad de la población económicamente activa trabaja dentro de redes tradicionales regidas por sistemas familiares o clientelares de alianza y carece de acceso a los servicios modernos.

1. Al situar lo que acontece en la ciudad de México en comparación con estudios de otros países, encontramos que la heterogeneidad (multiétnica, de etapas distintas de desarrollo) vuelve poco útil la modelización clásica de las teorías urbanas. ¿Cómo definir entonces, al final de siglo, qué es una ciudad? La dificultad deriva, en parte, de la variedad histórica de ciudades (industriales y administrativas, capitales políticas y ciudades de servicios, ciudades puertos y turísticas). Pero las grandes urbes ni siquiera pueden reducirse a esa caracterización monofuncional. Algunos autores sostienen que justamente la copresencia de muchas funciones y actividades es algo distintivo de la estructura urbana actual (Castells, Signorelli). Más aún: esta flexibilidad en el desempeño de varias funciones se acentúa en la medida en que la deslocalización de la producción diluye la correspondencia histórica entre ciertas ciudades y ciertos tipos de producción. Lancashire no es ya sinónimo mundial de la industria textil, ni Sheffield y Pittsburgh de siderurgia. Las manufacturas y los equipos electrónicos más avanzados pueden producirse tanto en las ciudades globales del primer mundo como en las de Brasil, México y el sudeste asiático (Castells, Hall, Sassen).

La heterogeneidad e hibridación provocadas por la contigüidad de construcciones y modos de organizar el espacio iniciados en distintas etapas históricas, se multiplica con la coexistencia de migrantes de otras zonas del país y de otras sociedades. De este modo, se incorporan a las grandes ciudades lenguas, comportamientos y estructuras espaciales surgidos en culturas antes desconectadas. Al ocurrir este proceso con rasgos semejantes en las metrópolis y en los países periféricos, en Los Angeles y Lima, en Berlín y Sao Paulo, se reducen las diferencias que el evolucionismo marcaba en otro tiempo entre ciudades de regiones desarrolladas y subdesarrolladas.

2. ¿Cómo trabajar con esta diversidad? ¿De qué modo la heterogeneidad sociocultural contribuye a la democratización o la obstaculiza? Si bien la planificación macrosocial, la estandarización arquitectónica y vial, y en general el desarrollo unificado del mercado capitalista tienden a hacer de las ciudades dispositivos de homogeneización, estos

tres factores no impiden que la diversidad emerja y se expanda. Pero la “explosión” diferencialista no sólo es un proceso real; también se presenta como ideología urbanística. Desde los años sesenta, las corrientes posmodernas en la antropología y la arquitectura exaltan la diferencia, la multiplicidad y la descentralización como condiciones de una urbanidad democrática. Sin embargo, esta tendencia debe valorarse de maneras distintas en las metrópolis y en los países periféricos. Ante todo, debemos hacer esa distinción por razones político-económicas. No es lo mismo el crecimiento de la autogestión y la pluralidad luego de un periodo de planificación, durante el cual se reguló la expansión urbana y la satisfacción de necesidades básicas (como en casi todas las ciudades europeas) que el crecimiento caótico de intentos de supervivencia basados en la escasez, la expansión errática, el uso depredador del suelo, el agua y el aire (habituales en Asia, Africa y América Latina).

Es necesario distinguir las escalas en que operan la descentralización y la dispersión. En países que entraron al siglo XX con tasas bajas de natalidad, con ciudades planificadas y gobiernos democráticos, las digresiones, la desviación y la pérdida de poder de los órdenes totalizadores pueden ser parte de una lógica productiva y democratizadora. En cambio, en ciudades como Caracas, México o Río de Janeiro la diseminación —generada por el estallido demográfico, la invasión popular o especulativa del suelo, con formas poco igualitarias de representación y administración del espacio urbano— aparece como la multiplicación de un desorden siempre a punto de explotar.

El debilitamiento de las estructuras puede ser, en los primeros casos, un avance liberalizador. En tanto, en las ciudades de países periféricos la ideología descentralizadora logra, a menudo, sólo reproducir aglomeraciones ingobernables. Por eso, tantas veces se ha pretendido justificar la perpetuación de gobiernos autoritarios y centralizados, reticentes a que los ciudadanos elijan y decidan. Los estudios sobre movimientos sociales suelen considerar esta desestructuración de las ciudades como estímulo para la organización de grupos populares, juveniles, ecologistas, que funcionan como alternativas al (des)orden hegemónico. Otros sectores ven la descentralización como agravamiento del caos, ocasión para que proliferen las bandas, el terror urbano, el acoso sexual, o como simple ocasión para que los poderes empresariales y aun los agrupamientos de vecinos se apropien de espacios públicos y excluyan o discriminen a los demás. “El ejercicio local de la democracia

puede, por tanto, producir resultados antidemocráticos" (Holston; Appadurai:197).

3. En medio de este debate internacional se plantea la pregunta acerca de si la ciudad multicultural será la ciudad que se define mediante la segregación y la represión, o quizá puede dar lugar a un cuarto tipo de urbe: la ciudad de la democratización. Esta opción se discute en muchos países, especialmente en los periféricos y adquiere una tensión particular en megaciudades como Buenos Aires y México que apenas están descubriendo la posibilidad de ser gobernadas por los propios ciudadanos.

Las formas tradicionales de segregación (en barrios, entre centro y periferia), que en parte subsisten, se potencian con nuevos conflictos y dispositivos que aspiran a controlarlos: calles y barrios amurallados, puestos de vigilancia privados, edificios con entradas electrónicas codificadas. La segregación física instituida por estos "enclaves fortificados", explica Teresa Caldeira en su estudio sobre Sao Paulo, es exacerbada por cambios en los hábitos y rituales familiares, obsesivas conversaciones sobre la inseguridad que tienden a polarizar lo bueno y lo malo, establecer distancias y muros simbólicos que refuerzan las barreras físicas. Una cultura de la protección sobrevigilada se alía con nuevas reglas de distinción para privatizar espacios públicos y separar más abruptamente que en el pasado a los sectores sociales. El imaginario se vuelve hacia el interior, rechaza la calle, fija normas cada vez más rígidas de inclusión y exclusión. "La nueva estética de la seguridad modela todos los tipos de construcción e impone su nueva lógica de la vigilancia y el distanciamiento como medio para exhibir un rango social" (Caldeira:75). El espacio público de las calles queda como espacio abandonado, síntoma de la desurbanización y del olvido de los ideales modernos de apertura, igualdad y comunidad; en vez de la universalidad de derechos, la separación entre sectores diferentes, inconciliables, que quieren dejar de ser visibles y de ver a los otros.

A esto se agregan en muchas ciudades, como describe Mike Davis respecto de Los Angeles, "respuestas armadas ubicuas", hechas por agentes no coordinados. Al "control arquitectónico de las fronteras sociales" y la militarización errática de la vida urbana, se añade el manejo "policializado" del espacio electrónico y el acceso pago a las "comunidades de informaciones", bancos de datos para élites y servicios por suscripción que "se apropian de partes del ágora invisible". "En una

ciudad de varios millones de inmigrantes, las amenidades públicas están disminuyendo radicalmente, los parques son abandonados y las playas se vuelven más segregadas, las bibliotecas y los centros públicos de diversión son cerrados, los agrupamientos juveniles prohibidos, y las calles se van volviendo más desoladoras y peligrosas". "Al mismo tiempo que son demolidos los muros en Europa oriental, se los está erigiendo por toda la ciudad de Los Angeles".

¿Podemos evitar que la ciudad multicultural se convierta en la ciudad prohibida? Las urbes a las que los provincianos llegan, como explican todos los estudios sobre migración, buscando trabajo y mejores ingresos, confort y anonimato, fascinados por las luces de la modernidad, parecen rehacerse como ciudades ensombrecidas. Sin embargo, los intentos de muchos sectores de la ciudadanía por democratizar la vida urbana, los estudios que permiten conocerla mejor y las posibilidades comunicacionales ofrecidas por las tecnologías avanzadas, hacen creer que aún es posible pensar de otro modo la ciudad. Pero la importancia que la radio y la televisión tienen en la vida urbana a veces reducen a ésta al espectáculo mediático, diferido, de su propia violencia. Si prestamos atención a los muchos modos de ser multiculturales presentes en la ciudad y, como parte de la democratización, logramos usar creativamente los recursos sociales y comunicacionales, la ciudad de los medios no será sólo la ciudad de los miedos.

Bibliografía

- Bonomi, Aldo, "La machina metrópoli", ponencia presentada al simposio *The Renaissance of the City in Europe*, Florencia, 6 al 8 de diciembre de 1992.
- Caldeira, Teresa P. R. , "Building up the walls: the new pattern of social segregation in Sao Paulo", *International Social Science Journal*, "Cities of the future: managing social transformations" núm. 147, Oxford, Blackwell Publishers/UNESCO, 1996
- Castells, Manuel, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 1974.
La ciudad informacional, Madrid, Alianza, 1995.
- Cavestany, Juan , "Nueva York celebra su 100 aniversario en plena efervescencia cultural y económica", *El País*, 5 de enero de 1998, p.27.
- Davis, Mike, *City of Quartz*, New York, Vintage Books, 1992.
- Eibenschutz Hartman, Roberto (coord.), *Bases para la planeación del desarrollo urbano en la ciudad de México*, México, Porrúa,-UAM, 1997.
- García Canclini, Néstor, *Consumidores y ciudadanos*, México, Grijalbo, 1995.
- García Canclini, Néstor, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón, *La ciudad de los viajeros*, México, Grijalbo-UAM, 1996.
- García Canclini, Néstor, Raúl Nieto Calleja, Eduardo Nivón Bolán, "Identidad y cultura en las ciudades mexicanas. Conflictos de la globalización" *Diseño y sociedad*, 7, otoño de 1997, pp.77-83
- Gorelik, Adrián, "Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana", *Punto de vista*, 59, Buenos Aires, diciembre de 1997.
- Hall, Peter, "La ville planétaire", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, París, UNESCO, núm. 147, marzo, 1996.
- Hannerz, Ulf, *Cultural Complexity. Studies in the Social Organization of Meaning*, Nueva York, Columbia, University Press.
- Holston, James y Arjun Appadurai, "Cities and Citizenship", *Public Culture*, vol. 8, University of Chicago, 1996.
- Jelin, Elizabeth, "Urban culture and Globalization", Expert Meeting for the Preparation of the World Cultural Report, UNESCO, Oegstgeest, Holanda, 25-28 de junio de 1997.
- Koolhaas, Rem, *Delirious New York*, New York, The Monacelli Press, 1994.
- Mela, Antonio, "Ciudad, comunicación, formas de racionalidad", *Diálogos*, 23, Lima, junio de 1989.

-
- Perulli, Paolo, *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*, Madrid, Alianza, 1995.
- Reforma*, Enfoque, "Ciudad de México o los números del caos", 8 de junio de 1997, pp. 3-14.
- Sassen, Saskia, *The global City. New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, 1991.
- Signorelli, Amalia, *Antropología urbana. Introduzione alla ricerca in Italia*. Milano, Guerini Studio, 1997.
- Silva, Armando, *Imaginario urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.
- Thacker M., Marjorie y Silvia Bazúa Rueda, *Indígenas urbanos de la ciudad de México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1992.
- Soja, Edward W. , *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres-Nueva York, Verso, 1989.